

Lenguaje y Poesía
Oscar Cerruto

LA RAZON DE LA ACADEMIA es el idioma. La razón del escritor es el lenguaje. Veamos cómo se descompone esta dicotomía.

La Academia consagra sus desvelos a la vigilancia de ese material del que se siente depositaria, el idioma, que siendo una riqueza común, de cuyo uso todos nos beneficiamos, por ello mismo está expuesto a sufrir de contaminaciones, desmedros, estigmas, o de la invasión de una flora adventicia. La Academia expurga y rechaza, con celo a menudo implacable, pero también exalta y canoniza, porque muchos de esos personajes verbales se rehabilitan, prueban sus buenos orígenes o la licitud de sus antecedentes, o simplemente se imponen por el uso, y la Academia les da paso, no olvida que su misión es también atender al incremento de ese legado dinámico que es el idioma.

La razón del escritor es el lenguaje, que no sólo es el instrumento de su expresión sino que forma parte de su propia tarea creadora, es decir que el escritor, al dar forma a su pensamiento, conceptual o poético, instrumenta el idioma, combina las palabras en asociaciones imprevistas, o suscita su colusión, trastorna sus hábitos usuales para promover significaciones mágicas, imágenes que se incendian con su propia luz, que no es la que propone por sí sola el habla común. De ese modo el escritor organiza su estilo, en fin de cuentas, su lenguaje particular. Por supuesto que hay también el escritor sin lenguaje, el escritor a quien no preocupa cuestionar el idioma sino doblegarse a él con docilidad; generalmente se trata de escritores de estilo árido.

Idioma y lenguaje vienen a ser, como puede verse, entidades congéneres, o parientes afines; No una y misma cosa. El idioma es un hecho científico, un instrumento lógico regido por leyes si no inmutables intransgredibles. Quien las contraviene se hace pasible del cargo de ignorancia. El lenguaje, en cambio, es un hecho artístico que se salta libremente la lógica y nos da la poesía. Lo que no quiere decir que la poesía no respete las leyes del idioma, pero a condición de que éstas no enerven sus propias leyes.

Hablar, pues, de idioma y de lenguaje no ha de parecer ni ocioso ni impertinente en una ocasión como la que nos tiene aquí convocados, y confió en que ustedes así lo admitan. Empezaré aclarando que el escritor, por cierto, se maneja con el idioma, forma su lenguaje con esa herramienta de comunicación que le ha sido dada con la vida, aunque parezca ésta una aclaración tautológica. En tal virtud, asume de hecho la obligación de conocer a fondo ese mecanismo de relojería que es el idioma, su sensibilidad, sus posibilidades de respuesta, una responsabilidad que sobrepasa la de la gramática o la del lingüista, quienes se desplazan en investigaciones dentro del cuerpo en sí, dentro del cuerpo constituido del idioma, mientras que el escritor pone el idioma en tensión, lo carga de nuevos significados, modifica los atributos. Recuérdese esas LAMPARAS ESTUDIOSAS de Milton, o ese LLANTO MILITAR de Quevedo, o ese ARIDO CAMELLO del soneto de Lugones; es el "epíteto transferido", que consiste en contaminar los atributos del sujeto al objeto o del objeto al sujeto.

En su dadivosa empresa de dar nuevas riquezas a la lengua, el escritor inventa otros modos de expresión. La palabra JOVEN, por ejemplo, fue inventada por Góngora. Claro que Góngora no la sacó del aire. Lo aclara Corominas al explicarnos que el

vocablo es un descendiente semiculto del latín JUVENS. La voz usual entonces era MOZO. ¿Pero quién dice hoy MOZO, como no sea con un connotativo de oficio, a menos que sea español? Hay que suponer que JOVEN ya circulaba en el habla popular de la época de Góngora, y que él ungió la palabra con el toque de la poesía. Eso ha ocurrido siempre, y seguirá ocurriendo. Se da el caso de dos escritores muy cultos, Ortega y Gasset y Alfonso Reyes, tenidos como exponentes de un brillante pero recto empleo del idioma, que constelan su escritura de madrileñismos uno y de mejicanismos el otro. Por ese camino entran en el idioma.

Esta voluntad creadora, en el idioma y en el lenguaje, se disloca más cuando se trata de la palabra poética. El idioma administra el habla de todos, y de todos los usos, y de todos los días.

La poesía se sirve del idioma para rescatar la palabra de su empleo cotidiano, para infundirle una vida autosuficiente. Sartre lo explica diciendo que el poeta no UTILIZA las palabras, queriendo significar que no se vale de ellas como ese soplo fugaz de la palabra hablada en quien la pronuncia y en quien la oye y que vuelve en seguida a disiparse. Para el hombre que habla, dice Sartre, las palabras son domésticas, convencionales, serviciales, utensilios que se usan poco a poco y que se desechan cuando ya no sirven. Eso dice Sartre. La palabra poética, en cambio, es un patrimonio duradero. Estará ahí, por encima de su significación semántica, con una significación propia, que le presta la poesía, como si la refractara una luz sobrenatural.

POLVO SERAN, MAS POLVO ENAMORADO, dice el famoso verso de Quevedo. Son las mismas palabras del idioma, pero la poesía las ha transfigurado y las reviste de una sugestión que no dejará de cautivarnos. El verso quevediano seguirá resonando a lo largo de los tiempos.

PISANDO LA DUDOSA LUZ DEL DIA, dice a su vez Góngora. Examinando el verso con el cuadrante de la cláusula gramatical (“conjunto de palabras de forma de sentido cabal”, reza la definición), emerge la incongruencia. ¿Puede ser parada la luz? ¿Qué misterio es éste? En todo caso, el de la poesía. El mismo Góngora nos advierte que la poesía en todo su rigor, es un lenguaje construido como un objeto enigmático. Enigma que se transparece al atravesar nuestro espíritu, porque en ese solo verso, que habrán leído ustedes tantas veces, cuántas implicaciones no se hallan contenidas, y cada vez que lo encontramos es como una revelación, cada vez se nos presenta como fulgente de recién nacida novedad.

Académicamente, ni el polvo puede ser enamorado, ni la luz pisable. Y es natural. La Academia tiene otra incumbencia, trabaja para que nos entendamos de la manera más derecha y si es posible culta, en un sistema léxico que es la estructura superior del habla (porque hay otras estructuras en las que los hombres también se entienden).

La Academia está en lo suyo. Ella no hace el idioma, lo criba, lo sanciona. Si nos atenemos a su lema originario, lo limpia, lo fija y le da esplendor. ¿Lo fija? Hay quienes se preguntan si es susceptible de fijarse una materia por definición no estática como es el idioma. En un librito muy difundido que lleva por título CASTELLANO, ESPAÑOL, IDIOMA NACIONAL, el filólogo A. Alonso da como doctrina de la Academia estos preceptos:

1. Las lenguas alcanzan en un momento de su historia la perfección y luego el vulgo las corrompe.
2. El castellano alcanzó su perfección en el Siglo de Oro, y los cambios que sufra en adelante son muestra de descomposición.
3. La lengua literaria descansa en el principio de la imitación, base doctrinal del purismo como política del idioma.
4. La misión de la Academia es detener esa corrupción y mantener la pureza.

Cabe señalar que la primera edición de esta obra se hizo en 1943. Han pasado, pues, tres décadas, que es mucho tiempo para nuestros tiempos de ahora. Imaginémonos

dialogando o escribiendo como los personajes de don Lope Félix de Vega Carpio, todo por mantener puro el idioma. ¿Pero alguien sabe lo que en definitiva es pureza del idioma, y para qué sirve? Dio una razón el Padre Feijoo, hace dos siglos, hablando de supersticiones, decía: “¡Pureza! ¡Antes se debería llamar pobreza!” Si esa fue realmente la doctrina de la Academia de aquellos años 1940, no creo que siga siéndolo. La Academia de hoy no es la de ayer: se ha flexibilizado, ha abierto la puerta entornada y hasta se ha hecho pasible de la acusación de manga ancha, por haber permitido la irrupción de multitud de voces nuevas entre las que los alarmados denuncian la presencia de no pocas de cuna espuria. Yo creo que es preferible, si hay alguna que hace gala de un comportamiento idiomáticamente insociable, el buen gusto le irá haciendo el vacío. Lo importante es que la Academia haya comprendido que, en un mundo vertiginoso, el idioma es un elemento bullente en el que se empujan por todos lados denominaciones flamantes. ¿Por qué no enriquecer en vez de empobrecer? Claro que también se lo empobrece si se lo infesta de expresiones desafortunadas, como ese CONCIENTIZAR al que tantos doctos le han tendido la mano.

En otro flanco, hay muchos gramáticos que todavía participan del dogma de la estabilidad de idioma. Pienso que es un credo melancólico. Y algún académico que, por lo menos, se muestra receloso (en ciertos casos con razón) frente a esa muchedumbre verbal que forcejea en las puertas de la Academia para introducirse en el recinto. Precisamente los cables de la Associated Press nos han traído una información de las inquietudes expuestas por uno de los doctores de la lengua en el VI Congreso de Academias recientemente congregado en Caracas. El académico argentino identificó en el vocerío a un grupo de los más exaltados, los acusó de reos de sentido disparatado y los señaló por sus nombres. Descollaba entre ellos un sujeto llamado FACTOREAR, luego un PIVOTEAR lleno de humos, un DESFAZAJAR sospechoso, ese individuo malsonante conocido nuestro, CONCIENTIZAR y otros menores: ELENCAR, NILIFICAR, CANDIDATEAR, EDITORIALIZAR y un tal LIDERAR que en otras veces se presenta como LIDERIZAR. Cerraron filas los académicos en el afán de no darles paso.

Mas como siempre acontece cuando se pone el cerrojo a fin de evitar visitantes indeseables, se impide la entrada de otros que podrían acreditar su derecho de hacerlo. Me atrevo a postular que en esta última situación estarían dos personas verbales, y bien verbales por su naturaleza. Son CANDIDATEAR y EDITORIALIZAR. Ambas, hace rato que están ejerciendo en el idioma, y expulsarlas en nombre de un purismo solícito parecerá una injusticia. Además de que va a ser hartó difícil, porque una tiene el apoyo de la masa electoral y la otra el de la prensa.

De ese género de desasosiegos se componen las vigiliás de la Academia. Pero así es cómo se va formando el idioma, con lo que quiero significar que el idioma no está nunca formado del todo, y eso es lo que determina su condición de organismo vivo. Lo contrario implicaría su muerte, como ocurrió con el latín primario. Y es lícito que así sea puesto que escritores y pueblo lo están creando y recreando continuamente, y si no todo de los que unos y otros alumbran se instala con permanencia en el idioma, su industria aportativa no conoce descanso.

Cervantes, que careció de diccionario, pues la Academia Española se fundó en 1713 y sólo en 1739 publicó su primer diccionario, Cervantes, digo, pudo afirmar en el QUIJOTE: "El lenguaje puro, el propio, el elegante y claro, está en los discretos cortesanos, aunque hayan nacido en Majalahonda; digo discretos porque hay muchos que no lo son, y la discreción es la gramática del buen lenguaje, que se acompaña con el

uso". La mención de los cortesanos alude al ideal de la época, según el cual el idioma intachable, por consecuencia el oficial, era el que había sido admitido en la Corte; mas para Cervantes no importa que esos cortesanos hayan nacido en Majalahonda, vale decir, que sean pueblo, a condición de que se muestren discretos en hablar un lenguaje "propio": con propiedad. Hay algo más en esa frase: el valor que Cervantes asigna al uso, frente al ideal cortesano que restringe oficialmente el idioma. En esa misma página Don Quijote regaña a Sancho por su falta de discreción en el hablar, al haber dicho "friscal" en vez de "fiscal", y lo acusa de "prevaricador del buen lenguaje".

Por supuesto que son otros tiempos los nuestros, y si es verdad que se sigue prevaricando con el idioma, y con algo más que con el idioma, también es cierto que desaparece ese concepto imperialista de la lengua que dominó en época de Nebrija, cuando Fray Hernando de Talavera, en presencia de aquél, explicaba a Isabel de Castilla la conveniencia de contar con una gramática del idioma, que hasta entonces no la había, y decíale: "Que después que Vuestra Alteza metiese debajo de su yugo muchos pueblos bárbaros y naciones de peregrinas lenguas, y con el vencimiento aquellos tendrían necesidad de recibir las leyes que el vencedor pone al vencido, y con ellas nuestra lengua, entonces por esta mi Arte (la gramática) podrían venir en el conocimiento de ella, como agora nosotros deprendemos (aprendemos) el arte de la gramática latina para deprender (aprender) el latín".

Amado Alonso, de quien tomo el dato, apunta que "Menéndez Pidal ha señalado el sentido renacentista que Nebrija puso dentro de ese obvio significado imperialista: la historia imperial del latín renacida y reproducida en la inmanente historia del castellano". Y acota en seguida: "La Identificación de las cualidades del español con las del latín era un fuerte argumento con que los españoles proclamaban la superioridad cualitativa de su lengua con las demás neolatinas, ya que era una especie de dogma renacentista el ver en el latín la suma perfección a que puede llegar una lengua humana, y, por lo tanto, valía el criterio de que una lengua era tanto mejor cuanto más se asemejaba a las condiciones gramaticales del latín". Claro que de la misma vanagloria quedaron afectados los franceses, y con fiebre más alta los italianos.

A esa subordinación a las estructuras del latín debemos gran parte de las malas versiones que nos han infligido los traductores de Horacio, de Catulo, de Propercio. Sabemos que la poesía de Horacio es tersa, traviesa, fluida. Y eso es, en efecto, la poesía de Garcilaso o de Fray Luis de León que tanta influencia recibieron de Horacio. Lo que nos entregan los traductores, por el contrario, es un producto áptero, engolado, indigerible, y ello, por su sometimiento al yugo del latín, idioma conciso, que hasta carece de artículos, sin reparar esos buenos señores que el castellano tiene otras inflexiones, y una respiración más ancha. Ni imperialismo del castellano ni colonialismo con el latín. La historia corre, el mundo se remodela a cada instante y las peripecias histórico-culturales determinan un modo distinto de pensar y, consecuentemente, un modo distinto de decir. Ha quedado atrás, definitivamente sepultada, la frase arrogante de Leopoldo Alas (CLARIN): "¡Somos los dueños del idioma!" No hay dueños del idioma, o todos lo somos en igual medida; los treinta millones de españoles y los ciento cincuenta millones de hispanoamericanos. El Diccionario es una tenencia compartida, en la que el trasiego de voces americanas es cuantioso, y cada día entran en mayor proporción de este lado del idioma, y expresiones de las lenguas de sustrato o idiomas americanos, entre ellas, abundancia de aymaras y quechuas, de las cuales espigo CHANGA, YAPA, GUANO, CONDOR, CHARANGO,

AJI, CHALA, GUACHO a título de mínima muestra, como las de extracción popular boliviana que han emigrado a países vecinos: CAMOTE O ENCAMOTADO (enamorado) CALAR (adivinar la intención), CLAVO (cuenta impaga, mal pagador), ACUSETA (soplón), CRUDO (cruel, áspero, incivil) y tantas más. ¿Por qué no? Si hasta el familiar ¡Chau! (del italiano CIAO), al que todavía muchas personas miran con remilgada suspicacia, ha adquirido ciudadanía académica. Ya podemos decir ¡Chau! sin escrúpulo. Opuestamente, hay palabras del habla popular boliviana que figuran en el Diccionario con otra acepción. CACHACO con la puertorriqueña de español rico, y CHOTA con la cubana de delator. ¿Pero qué importa? El vocabulario es el escotillón abierto del idioma, y es lo más inestable, porque las palabras cambian de significado, tienen (o adquieren) acepciones diversas, y hasta opuestas, o envejecen y caducan. El vocabulario es lo primero que se aprende, lo que nunca se acaba de aprender... y lo primero que se olvida. Queda un hecho cierto: en todas las latitudes del idioma, los grupos humanos que lo emplean lo hacen de un modo peculiar, que obedece a profundas motivaciones sociales y culturales, y ese no es un riesgo, como algunos temen, sino un signo de vitalidad; son las ramas de la lengua, las que dan esplendor y nuevas savias al gran árbol del idioma.

Pero es por las almenaras de la poesía por donde el idioma recibe las más importantes afluencias. No en vano Aristóteles calificó a los poetas de "tiranos de las dicciones", en tanto que Platón los desterró de su República porque los poetas conspiraban contra esa lúcida y razonada arquitectura de la inteligencia que es su concepción platónica, y la poesía no es nunca obra de la pura inteligencia, pues ya lo dijo Machado: "el intelecto no canta".

El poeta toma conciencia del lenguaje, no lo usa simplemente sino que lo explora, a sabiendas de que forma parte de la materia poética, que ES la materia poética, porque el poema, como nosotros, se compone de palabras, y las palabras son símbolos o metáforas, con la diferencia de que las que empleamos en el gasto diario se encienden un instante, brillan en el aire y luego se apagan. La poesía, en cambio, trasciende el lenguaje, es la única tentativa humana para trascender el lenguaje y quedar fijada para siempre. Y esa es la permanente empresa del poeta, quien, por el expediente de su creación, renueva el lenguaje, provoca nuevas adjetivaciones, nuevas formas verbales, nuevos modos de expresión, es decir, nuevas imágenes, nuevas metáforas, nuevos símbolos que se incorporan al idioma.

La poesía del Modernismo está hecha de un paramento suntuoso en el que destellan los querubes, el armiño, los sistros, las náyades, los lampos, los diuturnos, los fastigios, el azur, el zafir y el azor... en fin. Imágenes, símbolos, apelaciones que han cumplido su papel, y que ningún poeta podría repetir hoy sin quebrantar el pacto que como poeta está tomando con su atribución creadora y con los objetos de su intuición poética, ya que lenguaje, forma y contenido son una misma cosa, y la intuición poética es el descubrimiento de ese todo que, como conjunto irrepetible, es el poema. Para lograrlo, el poeta, según Amado Alonso, "objetiva el sentimiento". Veamos cómo lo explica. "De todas las intuiciones que se presentan en tumulto en el ánimo del poeta inspirado, el poeta elige aquellas que más atinadamente cooperan en la expresión del sentimiento. Es el sentimiento el que busca y conjura (las palabras), y por eso su sentido poético no es otro que ese mismo sentimiento. Y las busca y conjura para expresarse, pero no como el traductor que busca en el diccionario la palabra correspondiente a la palabra de otro idioma, no como mero transporte de un contenido ya listo, sino como formantes, como

elementos que van elaborando el contenido al tiempo que lo expresan. Es como si el sentimiento buscara un perfil ideal de sí mismo".

De ahí que no hay palabras poéticas, palabras dadas poéticamente y que el poeta pueda ir colocando en el poema como el joyelador va engastando gemas en una presea. El Diccionario muestra hallarse atrasado cuando nos ofrece palabras como LEDO, digamos, con la aclaración: "Usase en poesía". Dudo que haya poeta actual que las acepte. En la composición poética las palabras no valen por sí mismas, sino por su relación mágica y misteriosa con otras. Si está bien colocada donde debe estar, donde la intuición del poeta la fija con maestría, la palabra, cualquiera que ella sea, se ilumina en forma instantánea. Por la misma razón, no hay palabras antipoéticas. Recuérdese que Byron da cabida en su poesía a la palabra ETCETERA, y lo hace de modo que no disuena; la opaca palabra, siempre pronunciada a la ligera, a causa de su propio destino impreciso, se magnifica internamente en la nueva expresión que le imprime el poeta. La expresión poética involucra, pues, un trofeo de la creación estética. Por eso Borges apunta que "la metáfora no es poética por ser metáfora, sino por la expresión alcanzada". Cuando el poeta lo olvida, puede ocurrir que produzca ese arduo verso de Darío incrustado en su RESPONSO A VERLAINE:

QUE PUBERES CANEFORAS TE OFRENDEN EL ACANTO,

un verso en el que notoriamente Darío se deja seducir por el señuelo de las bellas palabras. Tal vez por eso Valéry decía que "el entusiasmo no es el estado de alma del poeta"; el entusiasmo no es un buen consejero para la poesía. Bueno..., es un pequeño lunar en el poema de Darío, por lo demás, un hermoso poema, así no sea de lo mejor que concibió el genial nicaragüense.

¿Es herejía pasar la lupa sobre la obra de un gran poeta? No, dado que toda poesía es una lección de perfectibilidad, el quehacer del poeta una búsqueda de la perfección, y el poema, el resultado de la victoria del poeta sobre el lenguaje por alcanzar una expresión incorruptible. Cualquier negligencia en el lenguaje poético introduce gérmenes de descomposición en el poema. Con el verso de Darío he querido, escuetamente, ejemplificar un trámite de resultado incierto cuando el poeta actúa por procuración o sea cuando encomienda a otros, que aquí son las meras bellas palabras, lo que concierne privativamente a su intuición poética, que es intransferible.

Los poetas que vienen después del Modernismo, traen otro lenguaje. Y decir otro lenguaje es decir otra actitud. La tendencia general (los hay mayores y menores) es no hacer una poesía meramente visual, expresionista o brillante; son plenamente conscientes de que las palabras hay que conquistarlas viviéndolas, y, por la inmersión en el lenguaje, tocan los fundamentos del ser. Los exponentes supremos son Vallejo, Borges, Huidobro, Neruda, Octavio Paz.

Infestado como está el aire de este tiempo por una mecánica implacable, un ciego y obsesivo aturdimiento fiduciario, sin más ley ni más Dios que el dinero, porque el poder es dinero, la expansión es dinero, el dominio de los unos sobre los otros es dinero, la poesía es el último refugio del hombre. Un reducto sin casamatas, sin fosos, sin muros. Por ello mismo inexpugnable. Tal vez porque, entre todas las expresiones del arte, la poesía es la única no negociable, la única que carece de valor comercial, la única que no tiene imbricación en la economía.

La poesía es la transcripción del mundo, todo eso que es la realidad pero también los sueños que el hombre edifica sobre esa realidad, y aun contra esa realidad. Por eso la poesía es un acto de fe y no se acaba, porque esa realidad no se acaba, y el hombre, ya lo dijo Shakespeare, está hecho de esa sustancia de que están hechos los sueños.

Cerruto, Oscar (21 de enero de 1973) «Lenguaje y poesía» *Presencia Literaria* (p.1)